

me he dejado conducir de los acontecimientos, porque siempre ha sido grave el riesgo, y el día 31 de Marzo ha dado pruebas del extremo hasta donde debe temerse, y la invencible dificultad de combinar el antiguo con el nuevo régimen.

Facilmente preveía que interin hubiese pariedad de fuerzas en ambos sistemas, tendrían entre sí guerra pública ó secreta; la paz que ellos acordasen no sería sino pausa para tomar nuevo aliento, y la Francia como cabeza de la revolución debía adoptar medidas para resistir la tempestad; por consecuencia debía tener unidad en su gobierno para ser poderosa; unión en la nación para que todos sus medios se dirigiesen á un mismo objeto, y confianza en el pueblo, para que consintiese los sacrificios indispensables que asegurasen su conquista; pero todo era precario en el sistema del Consulado, porque nada ocupaba su verdadero lugar. Existía una república en el nombre, una soberanía en el hecho, una representación nacional débil, un poder ejecutivo fuerte, autoridades sometidas y un ejército preponderante,

Nada camina con perfección en un sistema político cuando las palabras se hallan en oposición con los hechos; el gobierno se desacredita si continuamente hace uso de la mentira, cae en el menosprecio que inspira lo falso, porque lo que es falso es débil: no se puede llevar adelante la astucia en la política, porque los pueblos ven muy de lejos; los papeles públicos dicen demasiado, y no hay más secreto que el de ser fuerte para conducir al mundo porque en la fuerza no hay ni error ni ilusión.

Yo conocía la debilidad de mi situación y la ridiculez de mi consulado; era necesario establecer una base sólida que sirviese de punto de apoyo á la revolución, y al efecto me hice nombrar Consul perpetuo. Esta era una dominación pasajera é insuficiente en sí misma, porque señalaba término en lo porvenir y

nada ofende tanto la confianza, como la previsión de un cambio, pero era bastante para el momento en que se estableció.

Durante la tregua de Amiens aventuré una expedición imprudente que con razón ha merecido la crítica porque nada valía en su esencia. Intenté recuperar á Santo Domingo y tenía legítimos motivos para ello, pues los aliados aborrecían demasiado á la Francia, para que ésta se atreviese á permanecer en inacción durante la paz: era necesario que siempre fuese temible; era preciso dar pábulo á la curiosidad de los ociosos, y mantener el ejército en constante movimiento para impedir se en torciese; por último, yo quería hacer un ensayo de la Marina. La expedición fué mal conducida, según ha sucedido con las demás empresas á que yo no he asistido, pero el mal venía de otra parte, pues era fácil comprender que el Ministerio Inglés se proponía romper la tregua, y si hubiéramos reconquistado á Santo Domingo, habría sido trabajar para ellos.

Cada día tomaba aumento mi seguridad, pero el acontecimiento del 3 Nivose (23 de Diciembre) me dió á conocer que estaba sobre un volcán; aquella conspiración fué imprevista y la única que la policía no pudo descubrir con tiempo; no tuvo confidentes, y por eso llegó á verificarse. Escapé de ella milagrosamente, pero los testimonios del afecto público que se me manifestó entonces, me recompensaron con exceso. Los conspiradores escogieron mala ocasión, pues nada había en Francia preparado en favor de los Borbones.

Se buscaron los culpables, y aseguro con toda verdad, que no acusaba sino á los *Brutus de Coin* (1)

(1) En la época á que se refiere era conocido en Francia el rincón de la calle de San Nicasio, donde se reunían toda clase de malvados, y por eso sin duda

porque en tratándose de crímenes siempre estaba dispuesto á atribuírselos; pero me admiré cuando á consecuencia de las averiguaciones se probó que era á los realistas, á quienes debían las gentes de la calle de San Nicasio el favor de haber volado. (1)

Creía que los realistas era hombres de bien, porque nos acusaban de no serlo nosotros; y sobre todo los tenía por incapaces de la audacia y maldad que suponía un proyecto de aquella clase; por lo demás no tuvo intervención en él sino un corto número de ladrones. Esta especie ha sido ponderada, pero muy poco tomada en consideración.

Los realistas, absolutamente olvidados desde la pacificación del Vendée, volvieron á aparecer en el horizonte político, y esto era una consecuencia natural del acrecentamiento de mi autoridad; pues haciendo yo renacer los derechos del trono, favorecía su causa. Ellos no dudaban que mi monarquía no tenía semejanza con la suya. La mía consistía toda en el hecho, y la suya en el derecho. La de ellos se fundaba en la costumbre, y la mía prescindía de ella. Esta corría á par con el genio del siglo, y aquella aspiraba á sujetarlo.

Los republicanos se asombraban considerando la grandeza á que me elevaron las circunstancias, y desconfiaban del uso que yo iba á hacer de aquel poder. Temían que auxiliado de mi ejército les repusiese un trono del tiempo antiguo. Estas voces eran fomentadas por los realistas, que se divertían en presentarme como un imitador de los anteriores monarcas. Otros

atribuyó Napoleón á esta gente la ejecución de la máquina infernal, llamándoles *Brutus* por el conocido asesino de Julio Cesar.

(1) Es bien notorio que en la calle de San Nicasio fué donde estaba preparada la mina llamada máquina infernal á que dieron fuego después de haber pasado el coche de Napoleón.

realistas más astutos esparcían sordamente la especie de ser yo entusiasta del roll de Monk. (1) y que trataba de restablecer el poder para rendirlo en homenaje á los Borbones, cuando estuviese en estado de tributárselo.

Los de mediano talento, que no conocían la extensión de mi poder, daban crédito á estos rumores, haciendo valer el partido realista y desacreditándose con el pueblo y el ejército que ya empezaban á dudar de mi adhesión á su causa; y la tendencia que estas opiniones tenían á desunirnos me obligaban á cortarlas. A toda costa era indispensable desengañar á la Francia, á los realistas y á la Europa, para que hiciesen de mí el debido concepto, y se convenciesen de que una persecución individual contra los promovedores no causa buen efecto, porque no ataca el mal en su raíz, además de que este medio se hacía impracticable en aquel siglo en que el destierro de una mujer conmovió toda la Francia.

Por mi desgracia ocurrió en este momento decisivo uno de aquellos golpes de casualidad que trastornan las mejores resoluciones. La policía descubrió ciertos manejos de los realistas, cuyo foco existía á la otra parte del Rhin, y en los que se hallaba implicada una testa coronada. Todas las circunstancias de este acontecimiento convenían de un modo increíble con las que me conducían á intentar un golpe de Estado. Determiné la muerte del duque de Enghein porque decidía la cuestión que agitaba á la Francia, y fijaba mi suerte.

(1) Jorge Monk, Duque de Albemarle, valiente genegal inglés, célebre por haber restituido á su trono y reinos á Carlos II. También conocido por autor de varios escritos militares y políticos. Nació en Potheridge, provincia de Devoushire, Inglaterra, en 1608, y falleció en 1670.

Un hombre de gran talento ha dicho que aquel atentado fué más bien que un crimen, un error, y sin que ofenda á este personaje, digo que fué un crimen y no un error, pues conozco bien el valor de las palabras. El delito de este desgraciado príncipe estaba reducido á miserables intrigas con algunas viejas baronesas de Strasbourg, pero se proponía objeto; estas intrigas fueron expiadas, y aunque no amenazaban la seguridad de la Francia, ni la mía, murió víctima de la política, y de un concurso inaudito de circunstancias. Su muerte no fue un error, porque todas las consecuencias que yo tenía previstas se realizaron.

La guerra había empezado de nuevo con Inglaterra, porque esta potencia no es posible que permanezca en paz por mucho tiempo. Su territorio es demasiado estrecho para su población, y para subsistir necesita hacer monopolio en las cuatro partes del mundo, siendo sólo la guerra la que le proporciona el derecho de preponderar en los mares, y su única salvaguardia.

Esta guerra se hacía con lentitud por falta de campo de batalla, y la Inglaterra se veía precisada á costearla en el continente, pero aún no era tiempo. La Austria se hallaba tan escañada, que los ministros no se atrevían á proponerla desde luego, por mucho deseo que tuviesen de adquirir: la Prusia se enriquecía con mantenerse neutral; la Rusia había hecho una fatal experiencia de ella en Suiza; la Italia y la España habían entrado poco en mi sistema, y á consecuencia de todo, el continente se hallaba en inacción.

A falta de otro mejor, emprendí el proyecto de desembarco en Inglaterra; jamás pensé en realizarlo porque hubiera sido un delirio; no porque el material desembarco no fuese posible, sino porque no lo era la retirada. No hubo un inglés que no se armase para salvar el honor de su país, y si el ejército francés hu-

biera sido abandonado á su placer, habría acabado por perecer ó capitular. En Egipto pude hacer esta prueba, pero en Londres era arriesgar mucho.

Como no me costaba nada amenazar, y no sabía qué hacer con mis tropas, me era indiferente tenerlas en guarnición sobre las costas ó en otra parte, y aquel solo aparato obligó á la Inglaterra á ponerse sobre un pié de defensa ruinoso. A lo menos saqué esta ventaja.

En venganza se formó contra mí una conspiración de la que puedo atribuir el honor á los príncipes emigrados, porque era verdaderamente Real; habían puesto en movimiento un ejército de conspiradores, y esto fué bastante á que tuviésemos noticia de ella en 24 horas, tal era la diligencia de los confidentes. A pesar de que yo quería castigar á los que intentaban transformar el Estado (delito contra las leyes divinas y humanas) me ví obligado para determinar su arresto, á esperar que se reuniesen contra ellos pruebas incontestables.

Pichegrú se hallaba á la cabeza de esta conspiración; este hombre, que tenía más valor que talento, había querido jugar el roll de Monk y caminaba á su ruina. El proyecto me inquietaba bien poco, porque conocía su extensión y que no tenía de su parte la opinión pública. En aquella ocasión me hubieran asesinado los realistas, si no hubiesen procedido tan aceleradamente, y hubieran reflexionado que cada cosa tiene su tiempo.

Conocí bien pronto que Moreau tenía parte en aquella trama, y este era un particular muy delicado, porque disfrutaba de una popularidad colosal, y era preciso ganarlo. Tenía demasiada reputación para que hiciésemos buena liga. No admitía combinación el que yo lo fuese todo y el nada, y siendo necesario encontrar un medio honesto de separarnos, él lo proporcionó.

Se ha asegurado que yo estaba celoso de su gloria. Lo estaba bien poco, pero él sí mucho de mí, y con razón. Lo apreciaba porque era buen militar. Tenía por amigos á todos los que no me amaban (que no eran pocos). Si él hubiese muerto lo hubiera constituido en héroe, y yo no quería hacerlo más que lo que era, esto es, un hombre nulo. En efecto lo logré. La ausencia le perdió, los amigos lo olvidaron y no se han vuelto á acordar de él.

Los demás culpables exigían menos consideraciones; estos eran todos los habituados á las conspiraciones, y era necesario purgar de una vez á la Francia de esta clase de hombres, lo cual no se había verificado antes, porque no habían vuelto á presentarse desde las primeras conmociones.

Me veía abrumado de solicitudes: todas las mujeres de Paris lloraban su viudez y los niños su orfandad: se pretendía el perdón general, y yo tuve la debilidad de destinar algunos culpables á las prisiones de Estado, en lugar de abandonarlos á la justicia.

Aún en el día me reprendo esta indulgencia; porque en un soberano es siempre una debilidad culpable, siendo el único deber que tiene hacia el Estado el de hacer observar las leyes; toda transacción que se hace con el crimen, es criminal de parte del trono, y el derecho de hacer gracia jamás debe de ejercitarse con los culpables, sino reservarse para los casos desgraciados, que absuelve la conciencia, aunque la ley los condene.

Se encontró á Pichegrú ahogado en su cama, y aunque no tuve la menor parte en este hecho, no faltó quien dijese que había sido ejecutado de orden mia. Aun no sé por qué substrahe del merecido juicio á este criminal, supuesto que no valiendo más que los otros tenía un tribunal para sentenciarlo, y soldados para pasarlo por las armas. No intervine en su muerte, porque nada he hecho inútil en mi vida.

En proporción del riesgo que había corrido creció mi autoridad. Nada había preparado en Francia para una revolución, antes por el contrario advertía en los procedimientos de los realistas, el camino que debía conducirla á la anarquía y á la guerra civil, males de que se quería preservar á toda costa, reuniéndose á mí para descansar al abrigo de mi espada, en la que fundaba su garantía. El voto público (la historia no desmentirá esta aserción). El voto público me llamaba á reinar sobre la Francia.

No podía durar la forma republicana, porque no se establecen repúblicas de antiguas monarquías. La Francia quería su grandeza, y para sostener el edificio de ella era necesario exterminar las facciones, consolidar la obra de la revolución, y fijar para siempre los límites del Estado; y como yo solo podía llenar estos objetos, la Francia quería que yo reinase en ella.

Yo no podía ser Rey, porque era un título envejecido que llevaba consigo ideas mal admitidas, por consecuencia mi dictado debía ser nuevo, como lo era la naturaleza de mi poder, y no siendo el heredero de los Borbones, era necesario ser mucho más para sentarse sobre su trono, en virtud de lo cual tomé el título de Emperador, porque era más grande y menos limitado.

No se ha visto revolución más apacible que la que trastornó aquella república, por la que se había derramado tanta sangre, y el motivo no fué otro que el haberse conservado el objeto, mudando sólo la palabra, por esta razón los republicanos no temieron el imperio; además de que las revoluciones que no desarreglan los intereses comunes, siempre son pacíficas.

Terminada, en fin, la revolución se hacía inalterable bajo una dinastía permanente, porque la república no había satisfecho más que las opiniones, y el imperio garantía las opiniones y los intereses,

Estos intereses eran los de la mayoría, pero prote-

giendo las instituciones del imperio la igualdad, existía la democracia de hecho y de derecho, restringiendo sólo la libertad (que nada vale en tiempo de crisis) supuesto que sólo la disfruta la alta clase, cuando por el contrario, la igualdad es extensiva á todas ellas. Esta es la razón por qué mi poder permaneció popular, aun en los reveses que han arruinado á la Francia.

Mi autoridad no descansaba, como las antiguas monarquías, sobre las clases y cuerpos intermediarios. Era reciente y no tenía otro apoyo que ella misma, porque en el imperio no había otra cosa más que la nación y yo, aunque en la nación todos eran igualmente llamados al desempeño de las funciones públicas; á nadie servía de obstáculo su origen; y todos influían directamente en el Estado, que es lo que constituyó mi poder.

No fué este un sistema inventado por mí, sino precedente de las ruinas de la Bastilla, como resultado de la civilización y de las costumbres que el tiempo había dado á la Europa, y en vano se trataría de destruirlo, porque lo sostendría la fuerza de los acontecimientos, y porque los hechos siempre se fijan donde se halla aquella; que no existía ya en la nobleza, desde que permitió á la tercera clase llevar las armas, y no quiso ser la única milicia del Estado.

La fuerza no existía en el clero ni en la nobleza, porque la nobleza ni el clero, se hallaban en estado de llenar sus funciones; esto es, de servir de apoyo al trono. No estaba en las rutinas ni en las preocupaciones, porque se había hecho conocer á los pueblos que ya no había ni preocupaciones ni rutinas, mas hubo disolución en el cuerpo social mucho tiempo antes de la revolución, y no podía dejar de haber relación entre las palabras y las cosas.

El destierro de las preocupaciones puso en descubierto el origen de los poderes que manifestaron su

debilidad, y fueron destruidos al primer ataque. Era indispensable rehacer la autoridad bajo otro plan que prescindiese del auxilio de las habitudes y preocupaciones, y no habiéndosele transmitido derechos algunos, debía consistir sólo en el hecho, ó lo que es lo mismo, en la fuerza.

Yo no subí al trono como un heredero de las antiguas dinastías, para sentarme en él bajo el prestigio de la ilusión, sino para afirmar las instituciones que el pueblo deseaba; para formar leyes de acuerdo con las costumbres; para hacer la Francia formidable y mantener su independencia.

La ocasión no tardó en presentármese. La Inglaterra se hallaba fatigada por la permanencia de mis tropas en las fronteras, y quería á cualquier precio evitarla, buscando aliados en el continente á costa de grandes sacrificios pecuniarios, que era el único medio de encontrarlos.

Las antiguas dinastías estaban asombradas de verme sobre el trono, y por más político que fuese el trato que manteníamos, conocían muy bien que yo no pertenecía á su rango, y que si reinaba era en virtud de un sistema que destruía el altar que el tiempo les había consagrado. Yo solo, era una revolución. El imperio los amenazaba tanto como la república, y aún lo temían más, porque era más poderoso. En esta virtud su plan político era el atacarme lo más pronto posible, antes que yo reuniese mis fuerzas; y los acontecimientos de la lucha que iba á presentarse, llamaban toda mi atención, y debían ponerme de manifiesto la extensión del ódio que me profesaban, dándome á conocer cuáles de los soberanos se decidían por temor al sistema del imperio, y quiénes preferirían morir á entrar en transacciones con él.

Estas luchas debía causar nuevas combinaciones políticas en la Europa, y yo debía sucumbir, ó ser el árbitro de ellas. Acababa de reunir el Piamonte á la

Francia, porque era necesario que la Lombardía se apoyase en el imperio. Este hecho fué censurado de ambición, y sirviendo de señal al combate, se preparó el campo para darlo.

La batalla debía ser cruel, pues los austriacos preparaban todas sus fuerzas, y los rusos estaban decididos á reunir las suyas. El joven Alejandro acababa de subir al trono, y como los niños apetecen siempre hacer lo contrario de lo que hicieron sus padres, me declaró la guerra porque aquel había hecho la paz. No podía haber otro motivo, porque nosotros nada teníamos que hacer con los rusos, á quienes aún no había llegado su turno; pero las mujeres y los cortesanos lo decidieron así. Ellos creyeron hacer una cosa buena, porque yo no era persona de moda en el mundo, y dieron principio [sin saber lo que hacían] al sistema á que deberá la Rusia su grandeza.

Jamás la coalición abrió la campaña con menos acierto: los austriacos creyeron sorprenderme; pero no lo lograron. Inundaron la Baviera sin esperar la llegada de los rusos, y vinieron á marchas forzadas sobre el Rhin: mis columnas habían dejado el campo de Boloña, y atravesado la Francia, pasando el Rhin en Strasbourg; nuestra vanguardia encontró á los austriacos en Ulm, y los arrolló: yo marchaba sobre Viena á paso de camino, entrando en ella sin obstáculo; y olvidado un general austriaco de cortar los puentes del Danubio, me dejó pasar el río. De todos modos lo hubiera pasado; pero así llegué más pronto á la Moravia.

Los rusos desembocaban á este tiempo, y las reliquias de los austriacos corrieron á refugiarse bajo sus banderas. El enemigo quiso sostener á Austelitz, y fué batido; los rusos se retiraron en buen orden, y me dejaron el imperio de Austria. El Emperador Francisco solicitó de mí una entrevista, y se la concedí en un foso: me pidió la paz, y se la acordé, porque nada me interesaba su país, que no estaba preparado para la

revolución; pero con objeto á disminuir sus fuerzas, pedí á Venecia para la Lombardía, y el Tirol para la Baviera, reforzando de este modo á mis amigos á expensas de mis contrarios, que era el menor partido que podía sacar.

No era aquel momento para disputar, y por eso se firmó la paz, proponiéndosela al mismo tiempo á los rusos, pero Alejandro la rehusó, esta repulsa era noble, porque aceptando la paz, aceptaba la humillación de los austriacos y rehusándola, acreditaba su firmeza en los reveses, y su confianza en la fortuna; por eso la negativa me dió á conocer que la suerte del mundo dependía de los dos.

Vuelta á empezar la campaña, seguí la retirada de los rusos y llegué á Polonia. Un nuevo teatro se ofrecía á nuestras armas: entráramos á ver aquellas antiguas posesiones de la anarquía y de la libertad encorbadas bajo un yugo extranjero; y los polacos esperaban mi llegada para sacudirlo.

No hice aprecio del partido que podía sacar de los polacos, y esta es la mayor falta que he cometido en mi reinado. Sin embargo sabía que era necesario levantar este país, para hacer de él una barrera á la Rusia, y un contrapeso al Austria, mas las circunstancias no fueron bastante felices en aquella época para realizar este plan.

Por lo demás los polacos me parecieron poco á propósito para llenar mis intenciones: es un pueblo susceptible de pasiones, é inconstante, en el que todo se hace por fantasía y nada por sistema: su entusiasmo es violento, pero no sabe reglarlo ni fijarlo, y esta nación lleva su ruina en su carácter. Quizá dando á los polacos un plan, un sistema y un punto de apoyo, hubieran podido formarse con el tiempo.

Aunque mi carácter jamás me ha conducido á hacer las cosas á medias, esto fué lo que hice en Polonia donde por otra parte me encontraba mal. Avancé en

el rigor del invierno hacia el país del Norte, cuyo clima no inspiró desconfianza alguna á los soldados, que eran de una moral excelente. Tenía que combatir un ejército maestro en el terreno y clima que me esperaba en las fronteras de la Rusia donde fui á buscarlo, porque no podía dejar debilitar mi tropa en un mal acantonamiento. Encontré al enemigo en Eylau, la acción fué sangrienta y quedó indecisa.

Si los rusos nos hubieran atacado al día siguiente nos habrían batido, pero sus generales (por fortuna) no tuvieron esta inspiración, y por el contrario me dieron tiempo de atacarlos en Freidlan, donde fué la victoria menos dudosa. Alejandro se defendió con valentía, y me propuso la paz, que era honrosa para las dos naciones, porque se habían medido con igual intrepidez. La paz se firmó en Tilsit y se firmó de buena fé. Yo lo atestiguo con el Czar mismo.

Tal fué el éxito de los primeros esfuerzos de la coalición contra el Imperio que yo acababa de fundar. El elevó la gloria de nuestras armas, pero dejó la cuestión indecisa entre la Europa y yo, porque nuestros enemigos no habían sido más que humillados y no fueron destruidos, ni variaron de opinión, por consiguiente nos encontrábamos en el mismo estado; y en el acto de firmar la paz estaba previendo una nueva guerra.

En efecto, era inevitable mientras que la suerte de ella no proporcionase nuevas combinaciones, y mientras los ingleses tuviesen un interés personal en prolongarla.

Era pues, necesario aprovechar el pasajero reposo que acababa de dar al continente, para ensanchar la base de mi Imperio, á fin de hacerlo más sólido y capaz de resistir los ataques sucesivos. El trono era hereditario en mi familia, que empezaba de este modo una nueva dinastía, que el tiempo debía consagrar como ha legitimado á las demás, puesto que desde el

Emperador Carlo Magno no se había dado una corona con tanta solemnidad. Yo la había recibido por el voto de los pueblos y por la sanción de la iglesia, y mi familia, llamada á reinar, no debía permanecer mezclada con el rango de la sociedad, porque hubiera sido una contradicción.

Yo había hecho muchas conquistas y era necesario ligar íntimamente aquellos Estados al sistema del Imperio, á fin de aumentar su consideración política. No hay otros lazos para unir á los pueblos más que los de los intereses recíprocos, y por consiguiente se hacía indispensable establecer una entera comunidad de relaciones entre nosotros y los países conquistados. No se trataba para esto mas que de cambiar su antiguo orden social para darles el nuestro, poniendo á la cabeza de sus nuevas instituciones, soberanos interesados en sostenerlas; y yo llenaba estos objetos, colocando á mi familia en los tronos que se hallaban vacantes.

La Lombardía era el más esencial de aquellos Estados, porque debía estar continuamente expuesta á los resentimientos de la casa de Austria. No quise darle el placer de poner á uno de mis hermanos sobre aquel trono, y siendo yo el solo capaz de llevar la corona de hierro, me la coloqué en las sienes, dando de este modo la mayor confianza á los lombardos, porque hacía su causa, mía propia. Este nuevo Estado tomó el nombre de reino de Italia, porque era un título muy grande é influía demasiado en la imaginación de los italianos.

El trouo de Nápoles estaba vacante. La reina Carlota, después de haber inundado de sangre las calles de Nápoles, y entregado su reino á los ingleses, había sido nuevamente arrojada de él. Faltaba un dueño á este desgraciado país para salvarlo de la anarquía y de las venganzas, y uno de mis hermanos subió á su trono.

La Holanda había perdido mucho tiempo antes la energía que constituye las repúblicas, y por consiguiente no tenía bastante fuerza para conservar esta representación habiendo dado prueba de ello desde el desembarco del año de 99. Yo no debía juzgar que echase de menos la casa de Orange por el modo con que la había tratado. Parecía pues que la Holanda tenía necesidad de un soberano, y la dió otro de mis hermanos.

El menor era demasiado joven para contar con él; el cuarto no quería reinar, y se fugó por substraerse de ello.

No quedaba más república que la de Suiza, y no merecía la pena de hacerla cambiar de las reglas á que estaba acostumbrada. Mi autoridad, con respecto á este país, era limitada á impedir que se destrozasen entre sí, sin que me lo hayan agradecido.

Formando de este modo Estados aliados de la Francia y dependientes del imperio, debía al mismo tiempo reunir á la madre patria otra porción de territorios para conservar su preponderancia sobre todo el sistema. Con este objeto había reunido el Piamonte á la Francia, y no á la Italia, y del mismo modo agregué la Génova y Parma.

Semejantes reuniones nada valían en sí mismas, porque yo hubiera hecho con aquellos pueblos buenos italianos, y sólo hice medianos franceses; pero el imperio se oponía, no sólo de la Francia, sino de los Estados de la familia y de los aliados extranjeros, siendo muy esencial conservar la proporción entre estos tres elementos. Cada alianza nueva llevaba tras sí una nueva reunión, y en todos estos casos me ceusuraba el público de ambicioso, pero mi ambición jamás ha consistido en poseer algunas leguas cuadradas de más ó de menos, sino en hacer triunfar mi causa.

Esta causa no consistía sólo en las opiniones, sino también en el peso que cada partido podía colocar en

la balanza, y las leguas cuadradas pesaban en el plato de aquella, porque el mundo no se compone de otra cosa. Por eso aumentaba yo la masa de las fuerzas, á que daba movimiento, sin necesitar talento ni destreza para obrar aquellos cambios, pues bastaba un acto de mi voluntad, siendo demasiado pequeños aquellos países para tenerla propia en mi presencia. Dependía del movimiento que se daba á todo el sistema imperial, y el punto de donde partía este sistema estaba en Francia.

Era pues indispensable consolidar mi obra; dando á la Francia instituciones conforme al nuevo orden social que había adoptado. Era necesario crear un siglo para mí como yo lo había sido para él; era preciso ser legislador después de haber sido guerrero.

No había posibilidad de hacer retroceder la revolución, porque hubiera sido someter de nuevo los fuertes á los débiles contra el orden natural, y se hacía preciso comprender el espíritu de los hombres para acomodarles un sistema legislativo análogo á sus deseos, al que me lisonjear haber llegado, entablando uno que me sobrevivirá, y en el que he dejado á la Europa una herencia que no podrá repudiar.

En realidad no había otra cosa en el Estado sino una democracia dirigida por una dictadura, cuyo gobierno es bastante cómodo para la ejecución, pero de naturaleza temporal porque sólo es vitalicio en la persona del dictador. Yo debía hacerla perpetua, creando instituciones permanentes, y corporaciones duraderas para colocarlas entre el trono y la democracia; nada podía ejecutar por el impulso de las costumbres y las ilusiones, y me veía obligado á establecerlo todo en la realidad; por consiguiente era necesario fundar mi legislación sobre los inmediatos intereses de la mayoría, y crear mis corporaciones con los mismos, porque los intereses es lo que se encuentra de más real en el mundo.

Formé leyes, cuya acción era inmensa pero uniforme, teniendo por principio el sosten de la igualdad tan fuertemente marcada en sus códigos, que ellos solos seran suficientes á conservarla. Establecí una clase intermedia que era democrática porque se entraba en ella en todo tiempo y por todas carreras, y monárquica, porque no podia dejar de existir.

Esta corporación debía reemplazar en el nuevo régimen, el servicio que se consideraba hacer la nobleza en el antiguo, esto es, servir de apoyo al trono; pero en nada se le parecía; la antigua nobleza no existía sino por sus prerrogativas, la mía solo era hija del poder: la antigua nobleza no merecía aprecio sino por ser exclusiva; todos los que de algún modo se distinguían, entraban de derecho en la nueva, que no era más que una corona cívica, ni el pueblo le daba otro concepto; cada cual la merecía por sus obras; todos podían obtenerla al mismo precio y á nadie era ofensiva.

El espíritu del imperio estaba en su movimiento ascendiente, que es el carácter de las revoluciones, y agitaba toda la nación que se sublevaba para elevarse. Coloqué en la cima de este movimiento, grandes recompensas que se ofrecían por el reconocimiento público, y sus altas dignidades eran también conformes con el espíritu de igualdad, pues el último soldado las obtenía por acciones brillantes.

Después del desorden de la revolución, convenía restablecer el orden que es el sintoma de la fuerza y de la duración. Los administradores y los jueces, eran esenciales en el Estado, pues de ellos sólo dependía el orden público, ó lo que es lo mismo, la ejecución de las leyes. Los asocié al movimiento que animaba al pueblo y al ejército; los asocié á las mismas recompensas. Establecí una orden que distinguía á los administradores porque habia recibido de los soldados el título de su honor; la hice extensiva á todos los que

servían al Estado, porque la primera de las virtudes, es el servicio de la patria.

También di por resorte al imperio un estrecho vínculo general que unía en sus intereses á todas las clases de la nación, porque ninguna quedaba subordinada ni excluida, formando en rededor de mí un cuerpo intermediario compuesto de lo más escogido de la nación, que se hallaba unido al sistema imperial por su vocación, por sus intereses y por sus opiniones; este numeroso cuerpo, aunque revestido del poder civil y militar, era reconocido por el pueblo porque se habia constituido por sorteo entre las clases, y tenía confianza en él, porque sus intereses estaban ligados, no siendo un cuerpo ni decimado ni exclusivo, sino en realidad una magistratura.

El imperio descansaba sobre una organización fuerte; el ejército se habia formado en la escuela de la guerra, en la que aprendió á batirse y sufrir; los funcionarios publicos se acostumbraban á hacer ejecutar estrictamente las leyes, porque yo no quería ni arbitrariedad ni interpretación, é iban acomodándose á darles el rápido impulso que con uniformidad habia yo hecho extensivo á todo el imperio, cuya máquina se movía (según el arreglo que le di) á la sola voz de una orden.

Contuve las dilapidaciones del erario público, fijando en un solo punto el centro de la máquina fiscal, y sin dejar el menor vacío en este particular, porque en orden á caudales nada debe omitirse; y sobre todo, nada dejé al arbitrio de los administradores provinciales, convencido por la experiencia de que el abandono sólo sirve para enriquecerse algunos malversadores, á espensas del erario, del pueblo y de la causa pública.

Volví el crédito al estado con no hacer uso del crédito; sustituí al sistema de empréstitos, que habia perdido á la Francia, el de las impositiõs que la ha

regenerado; organicé la conscripción, ley rigurosa, pero grande y sólo digna de un pueblo que ama su gloria y su libertad, y cuya defensa no debe confiarse sino á sí mismo.

Abri nuevas comunicaciones al comercio; hice reunir la Italia á la Francia, facilitando los Alpes por cuatro caminos diferentes, y emprendí en este particular cosas que parecen casi imposibles. Hice prosperar la agricultura protegiendo las leyes relativas á la propiedad, y repartiendo con igualdad las cargas del Estado.

Erigí grandes monumentos sobre los que poseía la Francia, porque al mismo tiempo que debían servir de testimonios de su gloria, opinaba que ellos consagrarían en su favor los votos de nuestros descendientes; siendo cierto que los pueblos tienen inclinación á estas nobles imágenes de su historia.

Mi trono no brillaba sino por el esplendor de las armas; los franceses son amantes de lo sublime hasta en la apariencia. Hice adornar suntuosos palacios y reuní una corte numerosa, dándole carácter austero, porque ningún otro le era más apropiado. En mi corte no había diversiones, y las mujeres hacían un papel despreciable, pues todo se consagraba á la grandeza del Estado, y por esta causa he sido siempre aborrecido de ella. Luis XV era más amado.

Apenas se hallaba bosquejada mi obra cuando un nuevo enemigo se presentó inopinadamente á la palestra. Diez años había que la Prusia se mantenía en paz; la Francia tenía un placer en ello; pero los aliados que la deseaban mucho mal, la injuriaban, y á su pesar no dejaba de prosperar.

En todos casos, y singularmente en la última campaña, me había convenido su neutralidad y para asegurarme en ella le hice algunas proposiciones de cederle el Hannover, porque opinaba que semejante proposición recompensaba la pequeña violación que yo

me había permitido en su territorio, para acelerar la marcha de una división que me veía precisado á tener sobre el Danubio.

Habiendo la Inglaterra desechado las proposiciones de paz que le habíamos hecho (según nuestro uso) al tiempo de firmar la de Tilsir, la Prusia pidió la cesión del Hannover. Ninguna otra cosa deseaba yo más que hacerle este presente; pero me pareció que ya era tiempo de que esta corte se declarase abiertamente por nosotros, abrazando decididamente nuestro sistema. No se podía conquistar todo con la espada, era necesario que la política nos diese algunos aliados, y se presentaba la ocasión.

Sin embargo yo tuve ideas de que la Prusia tenía otras intenciones, y que creía haberme pagado suficientemente con su neutralidad. Desde este momento conceptué que era ridículo aumentar un país con que no podía contar, y obrando con mi genio, no calculé bastante que dando terreno á la Prusia la comprometía y me aseguraba; lo rehusé todo, y al Hannover se le dió otro destino.

Los prusianos pusieron los gritos en el cielo porque no quise darles lo ajeno; se quejaron de mi pequeña violación del año anterior; se acordaron de pronto que eran depositarios de la gloria del gran Federico; los ánimos se exaltaron; una especie de conmoción nacional agitó á la nobleza de Prusia; la Inglaterra se apresuró á derramar la plata, y la revolución tomó consistencia.

Si los prusianos me hubieran atacado cuando estuve batiéndome con los rusos, me hubieran podido hacer mucho daño; pero era cosa tan absurda venir fuera de propósito á declararme esta guerra, semejante á una obstinación de muchachos, que estuve mucho tiempo sin creerlo; pero como nada hubiese más cierto, fué necesario entrar en campaña.

Confiaba batir á los prusianos, pero había destinado